

MARC BLOCH Y LOS AÑOS TREINTA: EL HISTORIADOR, EL HOMBRE Y LA HISTORIA*

91

Bertrand Müller

Traducción: María Jiménez Mier y Terán

Para Müller Bloch constituyó una tríada ejemplar: historiador, ciudadano e historia. Bloch consideraba que la ciencia se debía reflejar en un mejor y más directo encuentro entre los hombres (ciudadanos), teniendo a la historia como un fondo siempre presente, el cual nos toca desentrañar. En la primera parte de este ensayo Müller examina la manera en que Bloch concebía la relación del historiador con el presente; evoca, en la segunda parte, la actitud de MB ante Alemania y, finaliza, con el tema de la coherencia entre el científico y el ciudadano.

Marc Bloch and the Thirties: the historian, the man, the history

For Müller, Bloch constituted an exemplary triad: historian, citizen and history. Bloch considered that science should reflect a better and more direct encounter between men (citizens), always having history as an ever-present background, which it is our duty to get to the bottom of. In the first part of this essay, Müller examines the manner in which Bloch conceived the relationship of the historian with the present; in the second part, he evokes Marc Bloch's attitude towards Germany, and concludes, with the theme of the coherence between the scientist and the citizen.

* AA VV, *Marc Bloch, l'historien et la cité*, Estrasburgo, Presses Universitaires de Strasbourg, 1997.

Marc Bloch et les années trente: l'historien, l'homme et l'histoire

Selon Müller, Bloch constituait une triade exemplaire: l'historien, le citoyen et l'histoire. Bloch songeait que la science devait se refléter dans une rencontre des hommes (citoyens), ayant l'histoire par toile de fond, toujours présente, et c'est à nous qu'il revient de percer. Dans un premier temps, Müller analyse la manière dont Bloch concevait la relation de l'historien au présent, ensuite il évoque l'attitude de Bloch à l'égard de l'Allemagne, et enfin, dans un troisième moment, il traite le thème de la cohérence du savant et du citoyen.

92

Marc Bloch nos dejó en su obra y por su compromiso con la Resistencia un gran mensaje sobre el lugar del historiador en la ciudad. Este mensaje que hoy en día se nos ofrece para reflexionar en un momento en que las conmemoraciones reavivan viejas heridas quizá no sea del todo inocente. Luego del retroceso de los fecundos años de militancia de los intelectuales, después de la desaparición de las grandes figuras del intelectual comprometido y también del debilitamiento de las ideas y voluntades que los animaban, ¿podría ser el ejemplo de Marc Bloch un modelo de acción cívica para este fin de siglo?¹ Pero al conmemorar hoy en día este ejemplo ¿acaso no corremos el riesgo de "fabricar memoria", de hacer a nuestro antojo la figura heroica de nuestras buenas o malas conciencias de ciudadanos?

Hace diez años, el historiador polaco y asesor de Solidarnosoc Bronisław Geremek evocaba con una frase curiosa la muerte de Marc Bloch "como texto cuya lectura es indispensable para comprender al hombre y al historiador".² En esta enigmática asociación del cuerpo con el texto, de la vida con la muerte, residía para él un importante mensaje "basado en la unidad entre la vida y la obra de un gran historiador".

En las siguientes líneas, quisiera retomar el tema de la unidad entre la vida y la obra de Marc Bloch, lo que también está en el centro de una reflexión sobre el historiador y la ciudad, mostrando, de manera inversa a una representación retrospectiva demasiado serena, que esta unidad entre el científico y el ciudadano, cuyas consecuencias

Marc Bloch fue ante todo y esencialmente un historiador y toda su relación con el mundo se desarrolla en esa dirección

trágicas asumió Marc Bloch hasta el final, no es tan natural. En otros términos, quisiera sugerir que después de todo el mensaje que Marc Bloch nos dio a leer en su *Extraña derrota* era tal vez un poco menos simple de lo que parece, menos seguro de una conciencia compuesta de serenidad y tranquila certeza. Interrogarnos sobre esta relación que parece tan fuerte y evidente no significa de ninguna manera cuestionar la íntima convicción de Marc Bloch, es tratar de comprender, si es posible como historiador, de qué manera esta convicción se forjó y vivió a través de la experiencia que significó la mezcla del historiador con el ciudadano. También es tratar de poner en evidencia las dudas, las confusiones si no es que los exámenes de conciencia a los que Marc Bloch se enfrentó.

Marc Bloch fue ante todo y esencialmente un historiador y toda su relación con el mundo se desarrolla en esa dirección. Hasta en lo más profundo del examen de conciencia al que como francés sometía su vida en *La extraña derrota*, se refería a los instrumentos

y conceptos del historiador. No aislaba su práctica como historiador de su relación con la vida, por el contrario, ambas estaban íntimamente relacionadas y le gustaba recordar, retomándolas como propias, estas palabras de Pirenne: "Soy historiador. Por eso amo la vida".³ La utilidad de la ciencia sólo la concebía como una ayuda "para vivir mejor", un largo encuentro entre los hombres, un encuentro fraterno con el cual tanto la vida como la ciencia llevan todas las de ganar.

Esta relación íntima entre la historia y la vida inspira naturalmente las siguientes reflexiones, que se organizarán en torno a tres elementos básicos y a una pregunta. En un primer momento, examinaré la manera como Marc Bloch concebía la relación del historiador con el presente. Enseguida retomaré la actitud de Marc Bloch ante Alemania y finalmente, en un tercer momento, evocaré el tema de la relación entre el científico y el ciudadano tal como podía plantearse en la época de Marc Bloch y a partir de la cual es posible tratar de restituir con mayor precisión su compromiso con y dentro de la historia y su examen de consciencia. En filigrana, el hilo conductor de este cuestionamiento lo constituirá una pregunta que Marc Bloch mismo había formulado en *La extraña derrota*:

*Ante todo, fuimos requeridos, una vez más, por la tarea cotidiana. En su mayor parte, no nos queda sino el derecho de decir que fuimos buenos obreros. ¿Fuimos también siempre tan buenos ciudadanos?*⁴

¿Acaso estos remordimientos que no mostraba "por delectación morosa" no resumen el dilema de la vida de Marc Bloch, confiriendo al historiador su grandeza, al hombre su dimensión incontestablemente trágica?

Pasado-presente: un imperativo de la investigación histórica

Como historiador, Marc Bloch había elegido especializarse en la historia medieval. Esta elección, que designa un periodo privilegiado y sobre todo una orientación y una formación específicas, donde se rescatan los valores de la erudición asceta y las técnicas sofisticadas de la crítica textual, no lo llevaban automáticamente a prestar un interés particular en el tiempo presente. Sin embargo, tanto su compromiso con la historia como su compromiso en la historia están profundamente arraigados en su tiempo, íntimamente impregnados por "esta convicción de que el historiador no puede abstraerse del presente, y Marc Bloch lo mostró hasta el sacrificio de su vida".⁵ Su formación como historiador se alimentó con la geografía y la sociología, jóvenes ciencias sociales en ciernes, que volvían a poner en duda los postulados de toda una generación de historiadores. Estas experiencias fueron esenciales ya que Bloch era estudiante cuando la *Revue de synthèse* publicaba en 1903 el texto de François Simiand sobre el "Método histórico y ciencia social" que refutaba la preeminencia de una disciplina biográfica enfocada en los acontecimientos y de sus ídolos políticos. La geografía le abría caminos para acercarse de manera diferente a las sociedades contemporáneas mientras que la sociología desafiaba a una historia que pretendía ser simple conocimiento del pasado.

Marc Bloch habría de retener los elementos esenciales de estos numerosos ofrecimientos, pero sobre todo éste: el conocimiento del pasado no basta para definir la historia como ciencia. "Una ciencia no se define únicamente por su objeto", se define también por sus métodos que en el fondo no son diferentes, por la observación del presente o del pasado. La historia es una ciencia de observación; su objeto no es el pasado en tanto tal, sino el análisis del cambio y la duración.

De esta postura epistemológica se desprenden dos corolarios concernientes a la relación entre la historia y el presente. El primero tiene que ver con la definición del tiempo histórico, el cual ya no se considera como el objeto mismo de la historia, sino como una dimensión compleja y múltiple de la investigación histórica. El pasado, lo mismo que el presente, cuya existencia es efímera, e incluso el futuro, no tienen un privilegio particular para el historiador, lo único que importa es la duración. A los historiadores tradicionales, Marc Bloch opone el argumento de Simiand quien se negaba a considerar científicamente aceptable la definición de un hecho sólo en función de su lugar en el tiempo o en el espacio, sin embargo rechaza el "privilegio de la autointeligibilidad", que los sociólogos y sobre todo los economistas que menospreciaban la dimensión histórica de los fenómenos sociales parecían conceder al presente, y proponía la necesidad de tomar en cuenta su duración, que es lo único que permite interpretar el cambio. La ignorancia del pasado no sólo es perjudicial para una buena comprensión del presente, sino que obstruye el "sentimiento necesario del cambio" (*Apologie*, p. 45) y "compromete, en el presente, a la acción misma".⁶ Es importante restituir de su grosor temporal a esta banda estrecha que constituye el presente, pero también romper con los espectros de una mala comprensión del pasado (la falsa analogía: el presente interpretado bajo el aspecto del pasado; las lecciones de la historia; la inmanencia de un sentido de la historia).

El pasado y el presente no se oponen y son dos elementos perfectamente reversibles; es precisamente de su confrontación que nace la posibilidad de un conocimiento histórico. De ahí el segundo corolario, más metodológico, que define también la función social de la historia. "En verdad, escribe Marc Bloch refiriéndose a su experiencia de la guerra, inconscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias, matizadas con nuevos tintes ahí donde es preciso, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado" (*Apologie*, p. 48). En otras palabras, es el presente mismo lo que alimenta la reflexión del historiador y éste último debe esforzarse por responder a las cuestiones que la sociedad le plantea. Es pues a partir de la fuerza sugestiva del presente, a partir del conocimiento de los hechos contemporáneos que el historiador procede y no a la inversa: "El camino natural de toda investigación es ir de lo mejor conocido o lo menos mal conocido a lo más oscuro" (*Apologie*, p. 49). El camino del historiador es regresivo y comparativo, funciona con un vaivén constante del presente al pasado. Es remontándose al tiempo para tratar de reconstituir la génesis de los fenómenos y no su origen, cuestionando el pasado a partir de una red de análisis tomada de la experiencia presente como el historiador llega a distinguir lo permanente, las diferencias, las diversidades, los niveles de temporalidad, las combinaciones de duración.

Su obra histórica da cuenta de la manera en que Marc Bloch supo sacar partido como historiador de su experiencia de vida y reafirmar su convicción sobre la importancia que la confrontación pasado-presente tiene para la comprensión. Carlo Ginzburg y luego Jacques Le Goff mostraron acertadamente la manera en que *Les rois thaumaturges* quedaron impregnados de la experiencia de la primera Gran guerra en la que Marc Bloch veía el renacimiento de una sociedad cuasimedieval, el retorno de una mentalidad "bárbara e irracional". Las presiones de la censura sobre lo escrito favorecieron "una renovación prodigiosa de la tradición oral" y la propagación de falsas noticias llevó "al soldado del frente a los medios de información y al estado espiritual de épocas antiguas, anteriores al periódico, anteriores a la hoja de noticias impresa, anteriores al libro".⁷

95

De otra manera, además, la expresión "comprender el pasado por el presente" especifica la tarea del historiador en el presente, tarea que Lucien Febvre, con un estilo tan propio, precisaba en estos términos: "El pasado es una reconstrucción de las sociedades y de los seres humanos de otros tiempos por hombres y para hombres comprometidos en la red de realidades humanas de hoy en día".⁸ Estas expresiones no sólo recuerdan que el historiador pertenece a su tiempo y que comparte con él, junto con sus contemporáneos, no sólo los prejuicios y valores, sino, ante todo, marcan las exigencias de una práctica científica que se distingue de la acción. "La historia es un modo de conocimiento científico. No tiene pues que emitir juicios de valor, los cuales (en sus caracteres sumarios) son del dominio de la acción".⁹ Estos dos niveles, la ciencia y la acción, son netamente distintos, pero no irreconciliables ya que el historiador también es un ciudadano. Marc Bloch había previsto dedicar un capítulo, a "manera de conclusión" de su *Apologie pour l'histoire*, al problema del "papel de la historia en la ciudad y en la enseñanza" que las circunstancias le impidieron redactar, pero en varios pasajes de la obra inacabada evocó la cuestión, particularmente en el pasaje dedicado a "¿Juzgar o comprender?" y en la introducción cuando distingue la cuestión de la legitimidad y utilidad de la historia. "El problema de la utilidad de la historia, en sentido estricto, en el sentido 'pragmático' de la palabra útil, no se confunde con el de su legitimidad, propiamente intelectual" (*Apologie*, p. 24). Denunciando los peligros de la "rutina erudita" y del "empirismo disfrazado de sentido común", rechazando también la idea de una "historia sin provecho y sin solidez", Marc Bloch aboga por un procedimiento científico desinteresado pero responsable, consciente de sus métodos¹⁰ y controlable en sus operaciones; sólo como una ciencia que busca "establecer entre los fenómenos relaciones explicativas", una "clasificación racional y una progresiva inteligibilidad", la historia "ciencia de los hombres en el tiempo" podrá "trabajar en provecho del hombre". De manera que para él la exigencia de "imparcialidad" no sólo es "un deber de consciencia absolutamente indiscutible", sino sobre todo un imperativo epistemológico: "no se puede condenar o absolver sin tomar partido por una tabla de valores que no pertenece a ninguna ciencia positiva" (*Apologie*, p. 118). "Hasta en la acción juzgamos demasiado [...] Nunca comprendemos lo suficiente" (*Apologie*, p. 121). Está convencido de que fustigando este "instinto poderosamente anclado", incluso entre

los historiadores, la historia, mediante el ejercicio continuo de la crítica, constituye un poderoso antídoto contra la ignorancia y la mentira y, por la "vasta experiencia de las variedades humanas", un factor de encuentro entre los hombres.¹¹

La historia contemporánea en los *Annales*

Expliquemos el mundo al mundo. Mediante la historia

No es pues por azar que Marc Bloch y Lucien Febvre dedicaron una parte importante de los *Annales* a los problemas contemporáneos. Hasta el año 1939, cerca de una tercera parte y durante algunos años, más de la mitad de los artículos de la revista tienen que ver

con el análisis del tiempo presente. Entre los temas tratados, la crisis, percibida como general y planetaria, ocupa un lugar especial y es analizada bajo todas sus formas. Pero otros problemas, la experiencia Roosevelt en Estados Unidos o la planificación en la URSS, la emergencia del nazismo, la economía colonial, son objeto de estudios casi instantáneos. No obstante, en esta preocupación por el presente no hay ninguna concesión a la historia inmediata, se trata, por el contrario, de analizar el acontecimiento con mayor profundidad y de contrarrestar las ilusiones de la "contemporaneidad" mediante la propuesta de análisis distanciados.

En la atención prestada a la actualidad más próxima reside una de las originalidades del programa de la revista, que correspondía perfectamente a la ambición de sus directores: "Expliquemos el mundo al mundo. Mediante la historia", proclamaba en 1946 Lucien Febvre en el manifiesto de los nuevos *Annales*. Pero esta exigencia ya figuraba en la orientación de la revista desde sus inicios. En 1930, los directores de los *Annales* convocaban a sus colaboradores a "elevarse por encima de su erudición pura" y "abordar cada vez con mayor decisión el estudio de los hechos contemporáneos, indispensables para entender, para conocer los hechos pasados".¹²

Esta solidaridad entre pasado y presente que es la antena de los *Annales* no era tan natural ya que violaba las reglas del oficio, tal como Olivier Dumoulin lo señala: "Para estudiar el presente hay que recurrir a la entrevista tan a menudo como a lo escrito, salir de los archivos, renunciar al primado del documento manuscrito inédito e interesarse por las estadísticas públicas. De esta manera la decisión que los *Annales* tomaron de abrirse al tiempo presente es un golpe de audacia cuyo alcance ya no valoramos hoy en día".¹³ Sobre todo Lucien Febvre insistía en que los artículos contemporáneos, los cuales debían responder a las mismas exigencias de "seriedad" y "objetividad" que los estudios del pasado, figuraran a la cabeza de los números de

De esta manera la decisión que los Annales tomaron de abrirse al tiempo presente es un golpe de audacia cuyo alcance ya no valoramos hoy en día

la revista. Esta preocupación correspondía a la preocupación de dirigirse no sólo a los universitarios y a los "profesionales" sino ir más allá, atraer a un público de hombres de negocios, dirigentes de empresas y cuadros. La realización de este objetivo implicaba hacer un llamado a facultades que los historiadores no tenían, recurriendo directamente a los "hombres de acción". Esta apertura fuera de la universidad, a los expertos, banqueros, ingenieros, no sólo tenía por finalidad romper con una

compartimentación y un conformismo académicos de peso, también ilustraba el nuevo papel que Lucien Febvre y Marc Bloch atribuían al historiador en un mundo en pleno cambio. Liberado del "mercenarismo ideológico" que ejercía al servicio de los poderes establecidos (el Estado, la nación o un grupo social particular), el historiador, por su capacidad de analizar el cambio, por su conocimiento de la diversidad de las experiencias pasadas, por su "gusto por el análisis humano... tan necesario para la acción", es un personaje esencial para una mejor comprensión de las transformaciones del mundo moderno. "Si tantos hombres de estado y financieros en nuestros días se han sentido desamparados ante las crisis monetarias, creo que se debe, en buena parte, a que ignoraban las crisis de la misma naturaleza que jalonean a toda la evolución económica. Pero, aún más, su incompreensión proviene de otra fuente: acostumbrados a vivir en el presente, a sólo pensar en él, se habían acostumbrado a dar por eterna la estabilidad de los instrumentos de intercambio que un sentido más justo de la historia los habría llevado a considerar como un fenómeno de fecha reciente y de duración incierta, uno de los aspectos transitorios de un perpetuo devenir".¹⁴

Marc Bloch y Alemania

Por exigente que fuera esta actitud de distanciamiento, no siempre resultaba fácil mantenerla, especialmente cuando las sacudidas de la historia repercutían en la producción científica misma. ¿Qué perspectiva habría que adoptar cuando con un sello científico se ofrecían trabajos que transgredían las reglas más elementales? Aquí sólo recuperaré un ejemplo significativo: la actitud de Marc Bloch ante la historiografía alemana.

Se sabe que la familiaridad de Marc Bloch con Alemania es antigua ya que se remonta a sus años de formación. Sus estancias en Leipzig y Berlín en 1908 y 1909 en una Alemania "poderosa y febril" dejaron huellas en el espíritu del joven profesor de entonces. De ellas había conservado un sentimiento mezclado de admiración por la erudición de sus profesores (Bücher, Lamprecht, Kötzschke) o por las formas del trabajo practicado en el *Seminar* y de reprobación ante un espíritu que a menudo consideraba chovinista, a veces antisemita y sobre todo autoritario. Pierre Toubert ha subrayado la profunda influencia alemana en el historiador de *Les caractères originaux de l'histoire rurale*: en primer lugar, la interdisciplinaridad, que se presentaba como el procedimiento más eficiente en un cuadro regional, el recurso a las nuevas disciplinas como la microtoponimia, el análisis morfológico de los hábitats y territorios e incluso la biogeografía, finalmente, el acento puesto en la larga duración y el método regresivo como accesos privilegiados para estudiar las estructuras económicas y sociales del campo.¹⁵

Estas ideas, enriquecidas con las lecturas de los sociólogos y geógrafos franceses, y también de los etnólogos ingleses, marcaron para siempre sus propias reflexiones como historiador. Hasta el final de su vida y a pesar de las circunstancias, seguirá siendo un lector atento, un crítico informado y perspicaz y quizá, como recientemente lo subrayaba Karl Ferdinand Werner,¹⁶ el "mejor conocedor" de la historiografía alemana.

Después de la primera Guerra Mundial, a pesar de que los historiadores alemanes hubieran quedado provisionalmente al margen de la comunidad internacional, sus trabajos eran siempre una referencia, una fuente de inspiración y discusión. Sin embargo, aunque continuaba ejerciendo una fascinación real, el modelo se había invertido, se había convertido desde ese momento en un "antimodelo" o, según la célebre fórmula de Pirenne, retomada por L. Febvre en los *Annales* en 1939, se trataba no ya de aprender sino de "desaprender de Alemania". Para Marc Bloch y otros historiadores 1919 no era en absoluto un momento de revancha aunque pareciera difícil vislumbrar una reconciliación inmediata; sobre todo no se podía ignorar la investigación histórica alemana. En su trabajo, los signos de este necesario diálogo intelectual son y seguirán siendo muchos. En el primer tomo de *La sociedad feudal*, escrito en los años treinta y publicado en 1939, K.F. Werner encontró más de la mitad de las obras alemanas. Desde 1928, M. Bloch retoma, en la *Revue historique*, la redacción del "Bulletin historique sur l'Allemagne" que ya no había aparecido desde la guerra y lo sigue haciendo hasta 1938. Finalmente, en los *Annales*, la producción alemana ocupa un lugar especial cuyas configuraciones especiales han sido analizadas por Peter Schöttler;¹⁷ y aunque se ve reducida luego de la llegada de Hitler al poder, sigue siendo importante. El porcentaje de libros alemanes reseñados, entre los cuales figuran trabajos sobre el presente, oscila entre el 17 y el 19 por ciento (24% en 1930) y se desvía claramente después de 1933, pero permanece comparativamente superior a las obras inglesas hasta 1938. No obstante, esta reducción no significa que se pusiera de lado a los historiadores alemanes, la situación es a la inversa, la *Gleichschaltung* nazi pone en cintura y aísla a la universidad y a las publicaciones. Los directores de los *Annales* se quejan de la escasez de bibliografía alemana: "Alemania está acabada y rechaza los libros; un vistazo al *Centralblatt* es significativo: se reseñan hasta los últimos artículos del Boletín Pastoral de Goslar o del Boletín Deportivo de Andernach..." (LF a MB, marzo 1934).

Aunque las relaciones con los historiadores alemanes se complican después de 1933, no se rompen todos los vínculos, sino que los *Annales* recluta colaboradores entre los emigrados y excluidos del régimen: Richard Koebner, exiliado en la Universidad de Jerusalén; Walther Maas, refugiado temporalmente en Francia antes de volver a vincularse, durante la guerra, con el régimen nazi; Franz Borkenau, antiguo dirigente comunista austriaco, cercano a la Escuela de Francfort, y su mujer Lucie Varga, quien será colaboradora de Lucien Febvre durante algunos años. Esta colaboración "antinazi" llegará a su punto culminante en un número especial, totalmente dedicado a Alemania y publicado en 1937. Esto provocará un conflicto y la ruptura del contrato con el editor Armand Colin, quien, al parecer, deseaba ver figurar en él al menos un artículo "pro nazi".¹⁸ De manera que en los años treinta, *Annales* es una de las primeras revistas de historia que proponen "en caliente" las primeras interpretaciones del nazismo. Además de los análisis descriptivos que tratan de dar cuenta del fenómeno como una suerte de particularidad alemana (Henri Brunschwig) o, de los estudios más analíticos, a partir de la crisis económica (Henri Mougín), se encuentran interpretaciones más extensas centradas en una interrogación comparativa del fenómeno

totalitario (Franz Borkenau o Lucien Febvre en *L'Encyclopédie française*), pero también un enfoque más original y antropológico (Lucie Varga).¹⁹ Tras la anexión de Checoslovaquia, los *Annales* publican un artículo encargado a Henri Brunschwig intitulado "Été 1939: Allemagne. Notes d'avant-guerre", y en 1940 un nuevo estudio "En vue d'un nouveau blocus... Les préparatifs de l'Allemagne: 1933-1939", firmado por André S. Sayous.

Marc Bloch no escribió nada sobre la Alemania contemporánea, sobre el fenómeno nacional socialista, es pues por medio de sus reseñas que uno puede percibir sus reacciones ante una producción histórica cada vez más ideológicamente marcada. Desde 1932, en la *Revue historique*, formulaba la advertencia contra las interferencias de las "pasiones del presente" en los libros de ciencia que todavía consideraba como "el error de algunos": "... hay que decirlo claramente: el historiador que se deja ir a escuchar estos cantos de sirena no sólo carece de la serenidad que debería ser el privilegio de las obras de inteligencia pura; al confundir los tiempos, lo que arriesga es confundir su propia visión. Se pone en estado de anacronismo, lo cual en su caso es pecado mortal".²⁰ Particularmente anacrónico es el manual para enseñanza secundaria sobre la historia de la colonización de Brandenburgo de Arno Jaster el cual "carente de toda erudición, no deja de sacrificar en pro de las modas y consignas del presente: el abuso de las nociones de 'raza' y 'sangre' desatinadamente transfiere al pasado una ideología que la Edad Media ignoró por completo".²¹ Al parecer Marc Bloch consideraba anacrónico el travestismo ideológico de la historia alemana puesta al servicio —o al paso— de la propaganda nacional-socialista cuando explicaba con mayor detenimiento y generalidad una historiografía que llevaba la "marca demoniaca de pasiones ajenas a la serenidad de nuestros estudios". Su argumentación, a pesar de ser extensa, merece ser reproducida:

*[Estas] pasiones insidiosas, que incluso en ocasiones no se expresan y a veces, hemos de creer, son inconscientes, acaban por construir entre la ciencia nacional y la ciencia europea, entre la historia nacional y la historia europea la más absurda muralla de China. A decir verdad, para el pensamiento histórico hay revoluciones fecundas; las tomas de partido que inspiran, aun cuando eventualmente estrechan el horizonte, pueden al menos ayudar a sacudir las viejas rutinas. Hasta ahora la revolución por la que actualmente atraviesan las jóvenes generaciones alemanas no parece formar parte de estas útiles conmociones. La razón de ello es quizá porque intelectualmente se satisface con abreviar del arsenal de una ideología pasada de moda. No inventando nada, incluso en lo falso, no renueva nada.*²²

No obstante, M. Bloch se negaba a generalizar estas palabras a "una producción científica que no queremos dejar de admirar" y en la cual subsisten algunos "sectores privilegiados" entre ellos la historia económica y en particular la historia hanseática.²³ Observemos también que M. Bloch no reseñaba necesariamente las obras más ideológicamente marcadas que las redacciones de las revistas, "no nos lamentemos de ello",²⁴ no recibían sistemáticamente. Al negarse a estigmatizar la deriva ideológica de estos trabajos mediante su

reprobación, se concretaba estrictamente a una crítica científica sin complacencia que le permitía evaluar la pertinencia de las investigaciones, las cuales aun viciadas por opciones ideológicas, podían aportar datos documentales para ser utilizados en una perspectiva diferente. De este modo, respecto a una obra con un título no obstante evocador,²⁵ concluía: "Sería verdaderamente espantoso que una documentación elaborada con tanta paciencia no sirviera sino para justificar torpemente uno de los lugares comunes más mediocres de una filosofía social dirigida hacia el extremo opuesto de lo contemporáneo".²⁶ Y sobre un libro de Gustav Paul, concebido por completo bajo una interpretación racial de la historia alemana, M. Bloch observaba: "Además de su valor de síntoma, por la calidad de la información contenida sobrepasa al simple panfleto de propaganda... Ahora bien, por extraña que parezca la expresión, en este rumbo de ideas tal vez no sería imposible sacar útiles excitantes científicos. A condición, no obstante —lo que ni en ésta ni en otras obras se observa—, de substituir los juicios de valor y las teorías acabadas con el gusto por los problemas. El estudio de la raza —inseparable, por lo demás, del estudio del medio— sin lugar a dudas plantea al historiador preguntas

Que el deseo de ser objetivos no nos lleve demasiado lejos, tampoco, en el elogio

apasionantes. Pero el racismo corre el riesgo de no responder verdaderamente nunca, porque en su esencia está el presuponer, por adelantado, la solución".²⁷ Desafortunadamente Marc Bloch no dijo más al respecto. ¿Acaso no resulta extraño que no hubiera desarrollado más su crítica que no obstante cimbraba los fundamentos pseudo-

científicos de la tesis del autor o que no hubiera trazado, aun en líneas complementarias, la posible problematización de estos útiles "excitantes científicos" a los que hace alusión?²⁸ M. Bloch no ignoraba manifiestamente las derivas peligrosas a las que podían conducir las tesis raciales, pero al prohibirse a sí mismo una refutación de orden ideológico de investigaciones con un sesgo semejante, no quería cometer el error que precisamente denunciaba. Al tomar partido por la probidad científica, seguro de sus convicciones racionalistas, al considerar el recurso al "hipernacionalismo", al racismo o a una "borrosa" geopolítica como "mediocres lugares comunes", al negarse a "dejar de admirar" una producción historiográfica que continuaba fascinándole, Bloch no podía sino lamentar y condenar lo que consideraba como "faltas de perspectiva", incluso concesiones impuestas. Aun cuando estaba consciente de las dificultades "de cerrar los oídos a las voces insidiosas del presente", colocándose en un terreno estrictamente metodológico y deontológico, ¿acaso Bloch no subestimaba las consecuencias sobre la práctica histórica de un sometimiento, consentido o impuesto, de la ciencia al poder totalitario? ¿Acaso era suficiente invocar el imperativo del necesario distanciamiento del científico para refutar las perversiones de una ciencia que había perdido, o renunciado, a su autonomía? ¿Eran la razón y la crítica interna instrumentos eficientes para descifrar todas las implicaciones ideológicas, a menudo no confesadas, de los trabajos que había que reseñar? Carlo Ginzburg se planteó esta pregunta a propósito de otra reseña que Marc Bloch redactó sobre la obra de Otto Höfler intitulada *Kultische Geheimbünde der Germanen*.²⁹ Por su parte, Lucien Febvre, a raíz de la reseña "demasiado elogiosa" para

su gusto de un atlas alemán sobre Alsacia-Lorena que Marc Bloch le había enviado, dirigía esta advertencia: "que el deseo de ser objetivos no nos lleve demasiado lejos, tampoco, en el elogio". En su propia reseña sobre la misma obra, L. Febvre se había preguntado a sí mismo: "¿Parcial? La pregunta brota a los labios, hágase lo que se haga. La respuesta es difícil. Está lo que se dice, y que generalmente es exacto. Está lo que no se dice —y a menudo, en este silencio o mejor dicho silencios, uno cree poder reconocer sin dificultad (con razón o sin ella) motivos políticos o nacionales".³⁰

A decir verdad, el difícil dilema en el que se encontraba Marc Bloch, o Lucien Febvre, quien sin embargo reacciona de manera diferente, no sólo era un problema de consciencia profesional o individual. Para comprender el desgarramiento que debe haber sufrido, conviene regresar a las prácticas del "oficio de historiador". Como Michel de Certeau tan atinadamente lo ha señalado, la práctica histórica se define menos por las elecciones individuales o por una filosofía implícita que por la combinación de una institución del saber, con prácticas científicas y una escritura. En función de este "medio de elaboración" —Marc Bloch hubiera dicho del "taller del historiador"—, circunscrito por determinaciones propias, se instaura una "topografía del interés", se definen los métodos y los procedimientos de control, se discute la problemática, se elaboran las interpretaciones.³¹

El científico contra el ciudadano: el historiador y la nación

La historia es una disciplina sin duda antigua, pero sobre todo, observaría Marc Bloch, es "una ciencia en la infancia". Por ello, para comprender la manera como se instaura la relación de la historia como práctica científica con la sociedad no es necesario remontarse tan lejos. Después de la primera Guerra Mundial, surge una nueva coyuntura del saber histórico en su relación con la sociedad que se traduce, según la excelente fórmula de Olivier Dumoulin, por "una deontología del no compromiso".³² Lucien Febvre, al inaugurar en 1919 la nueva cátedra de historia moderna en Estrasburgo, lo proclamaba con toda claridad: "nunca más una historia sierva". Dicho de otra manera, nunca más una historia al servicio de una causa nacional, religiosa o social. Este divorcio reivindicado entre ciencia y nación significaba también la disociación entre el científico y el ciudadano.

Ciertamente este movimiento no es del todo nuevo y nunca terminará por completo. En la década de 1870, una primera generación de historiadores universitarios lo hicieron su lema al erigirlo en principio absoluto, incluso cuando tranquilamente lo habían transgredido. A partir de 1920, la apolitización de la universidad y la despolitización de la historia, traducción secular de una tendencia que marca la profesionalización de la disciplina,³³ se convierten explícitamente en la norma fundamental de la historia universitaria.

Sin embargo, el divorcio entre ciencia y nación continúa siendo problemático. Según la fórmula de Krzysztof Pomian, engendra "conflictos internos a la ciencia culta, jaloneada entre sus aspiraciones cognoscitivas y su papel social",³⁴ provocando especialmente una separación entre una parte de los historiadores profesionales y el gran

*Dicho de otra manera,
nunca más una historia al
servicio de una causa
nacional, religiosa o social*

público que sigue fiel a una concepción de la historia más tradicional en su forma y en sus orientaciones. Fuera de la universidad el lugar vacío es ocupado por una historiografía conservadora y claramente reaccionaria que se apodera "del mercado descuidado de grandes síntesis de historia nacional" como lo ha mostrado O. Dumoulin. Esta historiografía de derecha se presentaba como una literatura de combate que en momentos política y económicamente difíciles daba un sentido a la historia y proponía una solución a los problemas contemporáneos, jugando su papel en un doble registro: por un lado el de la distancia, la objetividad, la serenidad y el unanimismo nacional, y por la otra, la actualización de las posiciones tradicionales de la historiografía conservadora y la orquestación del tema de las fuerzas eternas que conforman la nación.

La despolitización de la historia universitaria, por una parte, y la sutil politización de la historia nacional abandonada en manos de la derecha, por la otra, traducen una división quizá demasiado esquemática pero también notable entre los mismos historiadores universitarios. De este modo cuando Seignobos se aboca a una *Histoire sincère de la nation française*, la sitúa completamente dentro del terreno neutro del conocimiento universitario, lejos de las pasiones políticas, nacionales o religiosas, lejos de las generalizaciones imprudentes, lejos de todo desbordamiento de oratoria. Renunciando "deliberadamente al uso del estilo histórico", la concibe como una historia del pueblo

Se vota mayoritariamente por la izquierda, pero en la práctica profesional se desprecia el compromiso de manera sistemática

francés, una historia de abajo que no quiere desprestigiar ni las mentalidades, ni las religiones, ni incluso los hechos económicos que al igual que los hechos culturales le parecen, no obstante, de menor importancia y concede a los hechos políticos el lugar esencial porque "la autoridad política y los accidentes políticos, sucesiones, guerras, revoluciones, cambio de soberanos,

siempre han ejercido una acción decisiva en la evolución del pueblo francés". En esta historia "sincera", Seignobos no puede sino pedir disculpas por haberse tomado alguna libertad respecto a las exigencias de un oficio que reivindica la sinceridad del sentimiento que lo inspiró. Una historia política de Francia, pero una historia sin apasionamiento, de alguna manera despolitizada o, como L. Febvre severamente escribía a Henri Pirenne: "una predicación de la abstención y del renunciamento perpetuo".

Notemos finalmente que el deslinde de la escritura histórica de todo partido ideológico no debe ocultar las divisiones políticas al interior de la corporación, notables en particular entre las dos grandes ramas de formación de los historiadores franceses, a saber, la Escuela de archiveros paleógrafos (*l'École des chartes*) y la universidad. De modo que los historiadores formados en la Escuela de Archiveros marcan, con mayor claridad desde 1920 un repliegue metodológico y una orientación política hacia la derecha. L. Febvre lo observaba en febrero de 1934 a raíz de una serie de conferencias en Suiza al escribirle a M. Bloch: "Pude, una vez más, percatarme de la gran utilidad de la Escuela de Archiveros. Sirve para propagar las enseñanzas de la Acción Francesa..." Mientras que en la enseñanza media los enfrentamientos ideológicos entre la izquierda y la derecha se acentúan, la universidad parece permanecer "por encima de la

refriega". Se vota mayoritariamente por la izquierda, pero en la práctica profesional se desprecia el compromiso de manera sistemática.

Los retos políticos de las luchas universitarias

Este ideal deontológico, siempre un poco ilusorio, se manifiesta también como un ideal académico, garante de la autonomía institucional de la universidad. Ahí también, la apolitización parece ser la regla. En los años entre las dos guerras, las exigencias de un trabajo científico y educativo son cada vez más incompatibles con el compromiso "profesional" en política, sin excluirlo necesariamente. Como lo ha mostrado Christophe Charle, la "república de los profesores" que Albert Thibaudet denunciaba en 1927 en realidad no era sino una ilusión falaz.³⁵ Sin embargo, con el ascenso de los regímenes totalitarios, el endurecimiento de las divisiones políticas, el "pequeño mundo" académico cada vez tiene más dificultades para preservar su neutralidad, en especial a raíz de las elecciones que se convierten en un terreno de enfrentamientos ideológicos.

La renovación de ciertas cátedras no escapa a la exacerbación de las pasiones políticas. Piénsese por ejemplo en la cátedra de las Antigüedades nacionales de El Colegio de Francia ocupada por Camille Jullian. La precaria salud de su titular había abierto la sucesión virtualmente desde finales de 1928 y Marc Bloch debía concentrar ahí sus ambiciones académicas.³⁶ Sin embargo Jullian no murió sino hasta 1933 y las nuevas circunstancias volvían ilusoria la transformación de una cátedra sobre la cual se cristalizaban muchos retos patrióticos. Asimismo, el deceso en 1933 de Charles Andler, titular de la cátedra de lengua y literatura germánicas confería a su sucesión un reto particular que Lucien Febvre, elegido poco después, resumía en

Mientras que en la enseñanza media los enfrentamientos ideológicos entre la izquierda y la derecha se acentúan, la universidad parece permanecer "por encima de la refriega"

estos términos: "Es Hitler quien tomará la decisión". Por lo demás Febvre no había escapado a esta "politización de la vida universitaria". En 1929, candidato a la sucesión de Théodore Reinach, perdía por primera vez frente a una candidatura de "última hora" del abad Henri Breuil calificada por Febvre como un "golpe de los mochos". Y en ocasión de su último intento fructífero en la sucesión de Alfred Loisy, temía que se reprodujeran los enfrentamientos que habían prevalecido en ocasión de la elección de Loisy en 1909.³⁷

Finalmente, en los debates electorales de los años treinta, el antisemitismo no está ausente aun cuando las más de las veces se exprese mediante formas no confesadas y perniciosas. El argumento es evocado por las plumas de Lucien Febvre y Marc Bloch y dentro de este marco de las candidaturas de Bloch a El Colegio de Francia aparece esencialmente en su correspondencia. Sin menospreciarlo, es poco probable que el antisemitismo haya sido un factor decisivo en sus fracasos sucesivos ya que de manera más general, la dimensión ideológica, notable en la correspondencia pero probablemente menos explícita en ocasión de los debates, jugó en otro registro y no puede desligarse ni de los juegos por el poder, ni de los efectos de promoción intelectual propios de la universidad e

incluso de cada disciplina. En este sentido, los argumentos ideológicos, más o menos declarados y declarables, contribuyeron sobre todo a estrechar la solidaridad existente y a fortalecer la radicalización de las alianzas que se hacen y deshacen en ocasión de cada elección.

En una coyuntura económicamente difícil, la amenaza recurrente de supresión de cátedras (que se concretizará en El Colegio en 1934) y la lentitud de la reforma a la ley sobre el retiro constituyeron más obstáculos para la movilidad y renovación de un "mercado" rígido, con riesgo de trastornar equilibrios disciplinarios, pero también políticos y confesionales ya frágiles. Es dentro de esta difícil coyuntura, a la cual se añadía una crisis de la enseñanza de la historia (particularmente en el terreno de los concursos de oposición) donde hay que ubicar los infructuosos esfuerzos de Marc Bloch quien se empeñaba en mantener la radical novedad de un programa de enseñanza y de investigación dentro de un contexto de rareza económica y de tensiones políticas, poco propicio para la innovación.

Este rodeo por la institución histórica era necesario, ya que sólo distinguiendo los diferentes registros de las relaciones entre el historiador, la historia y la sociedad, es posible "contextualizar" la aparente falta de compromiso de Marc Bloch antes de 1939. La exigencia de una despolitización de la investigación que libere campos "desinteresados" o "neutros", controlados por una institución del saber, aparece como el corolario necesario para la organización de una historia científica. En este sentido, la solidaridad entre presente y pasado aparece como la condición misma para un trabajo de objetivación. Tal como lo escribía Norbert Elias "Los científicos buscan satisfacer las necesidades humanas por medio de un rodeo, el del distanciamiento".³⁸ Sin embargo la frontera entre ciencia y no ciencia, entre pasado-objeto y presente-sujeto nunca se fija en definitiva y de esta incertidumbre es de donde nace el compromiso y el distanciamiento. El papel social del historiador no siempre es compatible con su compromiso en la sociedad y la tensión entre estos dos polos es más fuerte en la medida en que las tensiones sociales crecen. Como decía Elias: "El problema al cual se enfrentan los

Los científicos buscan satisfacer las necesidades humanas por medio de un rodeo, el del distanciamiento

especialistas en ciencias humanas no puede ser resuelto por el simple hecho de que tendrían que renunciar a su función como miembros de un grupo en favor de su función como investigadores".³⁹ En un momento cuando vuelve a surgir la subjetividad en

ciencias sociales, hay que insistir en el hecho de que la elucidación de esta tensión no se da única ni esencialmente de las decisiones éticas individuales, sino, aunque parezca imposible, de los imperativos científicos circunscritos ante todo por una institución histórica.

Pero las trayectorias universitarias de L. Febvre y de M. Bloch también ilustran cuán ilusorio es separar los retos ideológicos y científicos o académicos de las elecciones universitarias. La neutralidad y la apolitización universitarias, que en primer lugar asignan un lugar privilegiado a la institución política, no impiden los enfrentamientos ideológicos al interior de la universidad, incluso si a menudo toman la forma eufemística de "conflictos entre métodos" o a la inversa. En este

sentido, las repetidas críticas de L. Febvre y de M. Bloch a las instituciones universitarias, así como la ruptura radical con las prácticas científicas establecidas reivindicada en los *Annales* constituyeron, en su trayectoria, un obstáculo que no se puede negar, ni reducir a efectos de "promoción personal" o de marginalidad buscada.

La única historia verdadera es "la historia general", proclamaba Marc Bloch

Un compromiso por la historia

De la misma manera, al recordar su compromiso no se puede ignorar que los combates de los *Annales* van mucho más allá del marco de una renovación interna de la disciplina histórica. Al invitar a los historiadores a modificar en profundidad su oficio, también tenía que reconsiderarse la relación de la historia con la sociedad. M. Bloch y Lucien Febvre no habían concebido los *Annales* como una revista destinada simplemente a llenar el retraso existente en Francia en el terreno de los estudios de historia económica, sino como un órgano de propuestas y experiencias, el instrumento privilegiado de un combate por una historia científica colocada al centro del desarrollo de las ciencias sociales.⁴⁰ Los argumentos de esta renovación son conocidos, pero es conveniente recordar sus retos tanto de orden intelectual y científico como institucional. Lucien Febvre, a su manera, había resumido sus términos en un texto poco conocido.⁴⁰ Haciendo un balance en 1938 de la evolución de la disciplina a lo largo de los años treinta, lamentaba en primer lugar que la historia, en gran medida ajena a la reorganización que se estaba dando en todos los campos del saber, componía "una suerte de inmenso anacronismo". El conflicto al interior de la disciplina había permanecido, como antes de la guerra, en una oposición entre dos formas de historia: la historia tradicional y la síntesis histórica. Los esfuerzos de las "fuerzas de novación", diezmadas por la guerra, se enfrentaban a fuerzas numéricamente superiores. "A lo mucho, estamos obligados a constatar que tanto en los liceos como en las Facultades, en los programas como en los exámenes y concursos, la historia 'tradicional' (la más envejecida, la más pobre, la más fastuosamente caída en desuso) sigue conservando su posición, si no es que la ha mejorado" (*art. cit.*, p. 95a).

A decir verdad, y las palabras de L. Febvre lo indican bien, la representación irénica de una comunidad de historiadores fríamente parapetada detrás de una prudente "neutralidad" parece bastante ilusoria. En este sentido, las controversias metodológicas, que no se pueden aislar de la competencia por la dominación e imposición de una concepción específica de la disciplina frente a otras, implican una dimensión propiamente política y no sólo científica o cultural como se ha dicho a propósito del combate de los *Annales*. La despolitización de la investigación, el rechazo a la historia política y a la política de la ciencia ya no se ocultan. No es éste el lugar para insistir detalladamente sobre esta repolitización emprendida por los *Annales*, pero se pueden recordar someramente sus elementos principales. En primer lugar, rechazando la afirmación "lo político antes que nada", los *Annales* no sólo renegaban de una historia que a menudo confundía política e ideología, sino también rechazaban la legitimidad de ésta última para definir por sí sola el sentido de la historia con mayúscula.

La única historia verdadera es "la historia general", proclamaba Marc Bloch. En segundo lugar, hay que recordar que esta renovación se inscribe dentro de la prolongación de una crisis general de saberes entre los cuales la historia es uno de los retos principales y que se duplica con una crisis específica de la disciplina que marca el final de un consenso en la república de los historiadores.⁴¹ En este contexto, la política de reseñas llevada en los *Annales*, que en gran medida fue prerrogativa de sus directores, es significativa; las decididas colaboraciones, que enfrentaban con su violencia las costumbres de la profesión, de L. Febvre en particular, pero Marc Bloch no era en la lítica más indulgente, iban más allá de las disputas metodológicas y revelaban brutalmente el profundo desacuerdo que dividía a los historiadores respecto a la definición, reglas y papel de la historia. A lo largo de los años treinta, Marc Bloch se dedicó a dar este combate, llevado a lo cotidiano hasta en la organización y administración más materiales.

¿Un espectador comprometido?

No teníamos almas de partidarios. No lo lamentemos... no era en los comités electorales donde el deber nos llamaba

En el registro más indefinido de las opiniones políticas, al lado de una apolitización fuertemente anclada sin ser sinónimo de conservadurismo, las orientaciones a la izquierda o a la derecha son más bien moderadas y las manifestaciones públicas de los universitarios son desiguales e intermitentes en función de las causas por defender y de la coyuntura. En esta generación de universitarios que todavía no ha sido completamente renovada, el caso Dreyfus sigue siendo el marco de

referencia de las opiniones. Tal fue el caso de Lucien Febvre, testigo directo en 1898 cuando estaba en el liceo Louis-le-Grand y luego en la Escuela Normal, quien posteriormente se comprometió con el socialismo junto con su amigo Henri Wallon, quizá por influencia de Albert Thomas. Marc Bloch, a pesar de que todavía era demasiado joven, quedó marcado por esta forma de compromiso pues su padre había sido uno de los firmantes del manifiesto.⁴² Pero para él, la experiencia de la primera Guerra Mundial quizá tuvo mayor peso en su decisión de permanecer alejado de todo compromiso más definido. En *La extraña derrota*, recordará su escepticismo ante la militancia partidaria: "No teníamos almas de partidarios. No lo lamentemos... no era en los comités electorales donde el deber nos llamaba".⁴³

Dentro de la complejidad de los movimientos políticos de los años treinta, es difícil situar con precisión una opinión que no reivindica ninguna filiación particular. Por lo demás, hay que recordar que de la detentación de un mandato a la adhesión a una asociación o al acto más intelectual de firmar peticiones, las modalidades del compromiso son múltiples y no exclusivas, ni tampoco contradictorias con una "neutralidad" científica.

Marc Bloch jamás confesó explícitamente en sus escritos sus preferencias políticas, quizá porque no eran muy precisas, pero por sus relaciones familiares, por su círculo de amistades, por otros indicios que se desprenden de su correspondencia, se situaba en el dominio republicano, de izquierda moderada, más bien socialista que socialista radical; se mostraba muy hostil al espíritu "antiguo combatiente" y temía las inconsecuencias de ciertas actitudes

pacifistas. "Hombre de izquierda y hombre de orden", según su hijo Étienne,⁴⁴ estaba abonado a *L'Œuvre* y a *L'Ordre*, leía *Le Populaire*, sobre todo por los editoriales de Léon Blum, pero también *La Lumière*, *Marianne*, *L'Europe nouvelle* que hasta 1934 defendía el "ideal de Ginebra" y que después de marzo de 1938 tomaría el partido de los antimuniquenses, así como *L'Illustration*. Por la noche leía *Le Temps*. Ciertamente estas lecturas, a las que habría de añadir otras, no son sino indicios todavía.

Se podrían esperar indicaciones más convincentes de su correspondencia, en particular con Lucien Febvre. No es el caso porque la vida pública, la situación política o económica, la degradación del clima social penetran poco dentro del universo privado y prioritariamente profesional de su intercambio epistolar. La llegada de Hitler al poder no suscita ningún comentario escrito de su parte. Hay que esperar las manifestaciones de febrero de 1934 –volveré a ellas– para leer una reacción de inquietud más desarrollada. A pesar de su simpatía por la izquierda, el Frente Popular no parece merecer una reflexión particular. Cuando Lucien Febvre va a España sólo por algunos meses antes de que se desate la Guerra Civil, no dice nada sobre las violencias posteriores a la llegada al poder del "Frente Popular" y se conforma con esta reseña desconcertante: "aquí, impresión de intensa desorientación. Al respecto, Cataluña sigue siendo una tierra que descansa" (LF a MB, [abril 1936]). Algunas semanas antes, Marc Bloch le había escrito: "No le hablaré de los acontecimientos de Berlín, Londres o del Rin –ya que no tengo nada preciso que decir– sino que el sábado pienso mandar a mis seis hijos con mi mujer y mi madre a Marlotte ... precaución inútil... pero... una manifestación de mal humor contra eventuales sanciones llegarían muy fácilmente a una población cuyo lamentable destino colocó exactamente en la frontera" (MB a LF, 12 de marzo, 1936). Más adelante, un mes después de la firma de los acuerdos de Munich, reconoce con cierta melancolía: "No tengo el corazón para hablarle sobre los acontecimientos: no tengo el corazón para hablarme a mí mismo... Sin embargo no logro compartir el blandengue júbilo cuyas marcas veo por doquier. Haber recorrido Versalles y el Ruhr para llegar a España y Munich –sí, realmente nuestras clases dirigentes trabajaron bien" (MB a LF, 30 de octubre, 1938).

Sin embargo este comentario algo rápido resultado de una percepción ligera y en ocasiones angustiada de los acontecimientos, es engañoso, porque en realidad la actualidad les preocupaba considerablemente. En este caso lo que está en juego es el origen o, con mayor exactitud, la naturaleza de su intercambio epistolar. Si estos escritos privados no revelan nada es porque los textos publicados o los comportamientos públicos no revelan nada, al menos no de manera tan fácil ni explícita como uno lo desearía, y es esencialmente porque no fue en este registro donde se desarrolló su intercambio epistolar. El vínculo que los unía, más allá de la amistad profunda y la admiración a veces golosa, era prioritariamente una empresa intelectual y científica. Escribirse no era para ellos una ocasión para hacerse confidencias ni charlar, era sobre todo y básicamente un medio de

El vínculo que los unía, más allá de la amistad profunda y la admiración a veces golosa, era prioritariamente una empresa intelectual y científica

dirección y de gestión. Sus cartas dan cuenta cabal de un trabajo exigente que los comprometía y que dejaba poco lugar para hacer digresiones relativas a la vida pública y a la esfera privada, las cuales son aún más escasas.

Pero aunque avaros en confidencias, ni Marc Bloch ni Lucien Febvre permanecieron indiferentes a su responsabilidad como ciudadanos. Las manifestaciones del 6 de febrero los sacudieron fuertemente. Pero contrariamente a Lucien Febvre, testigo de los acontecimientos, Marc Bloch no está en Francia sino en Inglaterra con motivo de una serie de conferencias en la London School of Economics. Desde Londres escribe unas "apresuradas" palabras, pero desafortunadamente desaparecidas, a Lucien Febvre, quien le reprocha su serenidad: "Usted me hablaba de trabajo, de conferencias, de revistas, de confortables sillones a la británica; en resumen, usted era la imagen encarnada del clérigo de este querido señor Benda; pero yo no tenía ganas de nada de eso, lo confieso" (LF a MB, febrero 1934). Aunque mal informado por una prensa inglesa de mediocre calidad, Marc Bloch no escondía su pesar: "No me daba cuenta, hasta entonces, del poder que ejercía, sobre lo que hay que denominar las masas burguesas, una vaga mística de violencia y de 18 Brumario. Me lo imaginaba, pero no me daba cuenta del todo, de esta temible carencia gubernamental y administrativa que desde los ministros hasta los... directores de liceo corrompe a toda nuestra máquina" (MB a LF, 15 de febrero, 1934).

Mientras está en plena campaña por El Colegio de Francia, firma el manifiesto *Aux travailleurs*, el cual marca el nacimiento público del Comité de Vigilancia de Intelectuales Antifascistas; sin entusiasmo, pues no le convence un texto que considera malo, y más bien se muestra hostil a la presencia de Alain entre los iniciadores del texto. Seguramente la amenaza del advenimiento de un fascismo francés —el término es recurrente en la correspondencia— es lo que decidió a Marc Bloch superar sus reticencias y salir de sus reservas. Percibe este peligro en todas partes: en la crisis endémica del poder, pero también en la impericia de la administración, en la abulia de las élites, los enredos universitarios e incluso en la ambivalencia del sindicalismo de los funcionarios: "Si nos llega el fascismo, algún día, se lo deberemos en buena parte a los señores Carteros" (MB a LF, 13 de abril, 1934).

En este clima moroso, el Frente Popular aporta una luz de esperanza "¡qué de trabajo por hacer en el orden intelectual, en la organización intelectual, plagada de telarañas de las Academias, de los cuerpos constitutivos, etc.!" (MB a LF, 12 de marzo, 1936). Aun cuando la correspondencia no lo muestre, las reformas emprendidas, en particular en política científica, que parecían inscribirse dentro de la prolongación de las preocupaciones expresadas en los *Annales*, no podían sino alegrar a Marc Bloch y Lucien Febvre. Pascal Ory ha subrayado los aspectos más notables de esto.⁴⁵ Hace patente, en particular, la "concepción progresista" y "la ideología democrática de la cultura" que circulaba en *L'Encyclopédie française*, cuyo primer volumen aparecido en diciembre de 1936 fue muy bien recibido por la prensa de izquierda. También es el caso de las reflexiones sobre técnica y cultura que resultaban de la Exposición internacional de las artes y técnicas organizada en 1937. Los *Annales* habían dedicado en 1936 un número especial a la historia de las técnicas y Marc Bloch

contribuirá con una investigación en la revista *Europe* intitulada "L'homme, la technique et la nature", la cual adopta la forma de un balance del Frente Popular sobre la materia.⁴⁶ Finalmente la "política folclórica", ambicioso proyecto en ruptura con un discurso provincialista enfocado al pasado, el cual ilustra una conquista intelectual llevada a la par de una práctica social, no podía sino seducir a los directores de la revista, que desde sus inicios insistía en el formidable instrumento de análisis social que significan las "artes y tradiciones populares".⁴⁷ No es pues por azar que Paul Rivet, director desde 1928 del Museo del Hombre y cuyo nombre está ligado al nacimiento del Frente Popular, haya sido llamado para formar parte del comité de redacción de los *Annales* y que L. Febvre instituya, en el marco de *L'Encyclopédie*, una comisión de investigaciones colectivas dirigida por André Varagnac; por su parte, Marc Bloch fue designado a la comisión nacional de las artes y tradiciones populares, que sin embargo no llegará a organizarse eficazmente antes del final de la guerra.⁴⁸ Estos elementos, que merecerían investigaciones nuevas y más profundas, sugieren más allá de una simpatía ideológica, una convergencia real entre los directores de una revista portadora de una ambición de transformación de las relaciones entre el historiador y su oficio y la historia y la sociedad, y las fecundas experiencias de política cultural sostenidas por una concepción más abierta de la ciencia emprendidas en la época del Frente Popular.⁴⁹

La crisis de consciencia

Aunque la correspondencia no revela sino incidentalmente las reacciones de Marc Bloch frente a su tiempo, tampoco esconde su sentimiento de creciente malestar ante el inquietante y rápido deterioro de la situación. De manera manifiesta, no puede ni quiere permanecer como un espectador, ni como vigilante. Así el "Dejemos esto. Trabajemos" que a menudo aparece a principios de la década, como para exorcizar lo que parecía escapársele, pero también a causa de que concebía su compromiso científico como una forma, si no de combate al menos de resistencia, queda progresivamente reemplazado por un sentimiento, también siempre desencantado, pero más inquieto: la necesidad de servir. "Servir, sí. ¿Pero para qué? ¿Y dónde?" En Estrasburgo, Marc Bloch se sentía desarmado: "¿No hay realmente nada qué hacer? En lo personal no he intentado nada: por todo tipo de razones —en particular porque aquí uno se siente muy lejos y muy aislado". El 11 de mayo de 1934, añade esto: "Uno vive bajo la sombra de la catástrofe, y quisiera hacer algo; pero ¿qué?" En septiembre de 1937, al dar cuenta a Lucien Febvre, quien se encuentra en Sudamérica, de la "enésima quiebra financiera de las izquierdas" y de la degradación de la situación internacional, se consuela: "Uno no ve, en su rincón, la manera de hacer nada, y tontamente uno agacha la cabeza... Pienso que es mejor trabajar".

Pero en diciembre de 1938, informado por Paul Etard de la mala salud y del posible retiro de Célestin Bouglé de la dirección de la Escuela Normal Superior, M. Bloch se cuestiona sobre su eventual candidatura. Escribe a L. Febvre: "Creo en efecto que en la hora actual un hombre como usted o yo ya no tenemos el derecho de preguntarnos dónde y cómo se debe y puede servir" (MB a

LF, 5 de diciembre, 1938). Frente al "gran problema de dirección intelectual" que podía plantearse, Marc Bloch consideraba que él tenía más autoridad moral que otros para oponerse a "cierto pacifismo: el de la Vigilancia" y que no podía, en caso de que se pensara en él, eludir sus responsabilidades. Respondiendo a las serias objeciones de L. Febvre, dice: "en la hora actual cuando uno no se cree ni intelectual ni moralmente inepto para ocupar un cargo, cuando este cargo es pesado y no hay (¡seamos francos!) muchos hombres que desearíamos lo ocuparan, uno no tiene el derecho de evadirse" (MB a LF, 8 de diciembre de 1938). De hecho no se trataba sino de una eventualidad que no se realizó porque muerto Bouglé en enero de 1940, fue reemplazado por Jérôme Carcopino.

Finalmente es el soldado quien resuelve el dilema que desgarraba al científico y al ciudadano, sin tranquilizar, no obstante, su consciencia. Movilizado por su propia solicitud desde el 24 de agosto de 1939, desesperado de "estar tan mal empleado", Marc Bloch escribe el 28 de octubre una larga carta a Lucien Febvre en la que confiesa:

Es muy pronto para hablar de la posguerra. No tengo, créalo, la ingenuidad de imaginar lo que será el mañana ni mucho menos la presunción de prever de qué manera se presentará el mundo, en este nuevo año de gracia. Pero, verá usted, tengo mala consciencia; creo que todos debemos tener mala consciencia; y —me parece que ya se lo he dicho— no fue hoy cuando este sentimiento nació en mí. Dejamos hacer, en 1919-1920 y después, enormes estupideces, —sin protestar o muy poco. Nos abandonamos a unos tristes pastores. Vendimos nuestra alma a cambio de nuestro reposo, nuestro trabajo intelectual, nuestra dejadez de hombres precipitados por vivir verdaderamente después de cuatro años de horrores. Hicimos mal. Luego de esta guerra, seremos demasiado viejos para actuar, incluso con nuestro cerebro. Al menos habrá que ayudar a los más jóvenes a no reincidir. Tantos síntomas se dibujan ya a nuestro alrededor. 'Morir por Dantzig', decía alguien. Mentía y no lo ignoraba. Pero no debemos olvidar que, mientras haya una Ucrania sometida a los 'fans' poloneses, nos exponemos a que un día, con la llegada del primer Stalin, los castillos ardan. Piense en todo esto, amigo mío. Desde ahora, los hombres como usted deben persuadirse de lo mucho que pueden.

NOTAS

¹ Véase especialmente: *La responsabilité sociale de l'historien*, Diogènes, 1994, p. 168.

² Cfr. B. Geremek, "Marc Bloch, historien et résistant", en *Annales E.S.C.*, 1986, pp. 1091-1105. El texto se volvió a publicar en *Cahiers Marc Bloch*, núm. 1, 1994.

³ Cfr. M. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, París, Armand Colin, 1974, p. 47. [cfr. *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, FCE/INAH, 1996, p.155.]

⁴ M. Bloch, *L'Étrange défaite*, París, Gallimard, 1990, p. 205.

⁵ Cfr. Jean-Claude Schmitt, "Marc Bloch", en *Dictionnaire des sciences historiques*, bajo la dirección de André Burguière, París, PUF, 1986, p. 82.

⁶ M. Bloch, "Que demander à l'histoire", Centre polytechnicien d'études économiques, *Bulletin*, enero 1937, pp. 15-22, retomado en M. Bloch, *Mélanges historiques*, t. 1, París, EHESS, 1983, pp.1-15, cita p. 14.

⁷ Cfr. M. Bloch, "Réflexion d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre", en *Revue de synthèse historique*, t. 33, 1921, pp. 13-35, retomado en *Mélanges historiques*, t. 1, París, 1963, pp. 41-57.

⁸ Lucien Febvre, "Avant-propos" a Charles Morazé, *Trois essais sur histoire et culture*, París, Armand Colin, 1948, p. VIII.

⁹ Cfr. M. Bloch, "Comment et pourquoi travaille un historien?", conferencia inédita por aparecer en *Cahiers Marc Bloch*, núm. 3.

¹⁰ "Jamás en una ciencia, la observación pasiva ha aportado nada fecundo [...] puede ocurrir que el cuestionario sea puramente instintivo, pero sin embargo existe. Sin que el trabajador tenga conciencia de ello, los puntos del cuestionario son dictados por las afirmaciones o dudas que sus experiencias anteriores inscribieron oscuramente en su cerebro, por la tradición, el sentido común, es decir, con demasiada frecuencia, por los prejuicios comunes", en *Apologie...* op. cit., p. 63 [p. 172].

¹¹ Sobre la "utilidad" de la historia véase también su conferencia, que ya he citado, presentada ante el grupo X-Crise: "Que demander à l'histoire".

¹² Cfr. "Au bout d'un an", en *Annales H.E.S.*, núm. 2, 1930, p. 1.

¹³ Cfr. O. Dumoulin, *Profession historien: un métier en crise? 1919-1939*. Thèse EHESS, 1983, p. 267.

¹⁴ Cfr. M. Bloch, "Culture historique et action économique: à propos de l'exemple américain", en *Annales H.E.S.*, núm. 2, 1931, p. 3. En esta introducción a un artículo de N.S.B. Gras sobre la *business history*, M. Bloch conjeturaba junto con el autor si algún día verían fungir "en la oficina de estudios de nuestras principales casas, al lado del jefe de servicio estadístico... a un historiador especializado".

¹⁵ Cfr. P. Toubert, "Preface" a M. Bloch, *Caractères originaux de l'histoire rurale française*, París, Armand Colin, 1988 [cfr. supra, p. 59].

¹⁶ Cfr. K.-F. Werner, "Marc Bloch et la recherche historique allemande", en *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, bajo la dirección de Hartmut Atsma y André Burguière, París, Éditions de l'EHESS, 1990, pp. 125-134.

¹⁷ La revista publica cada año uno o dos textos sobre Alemania redactados por historiadores alemanes, pero también austriacos y suizos alemanes, en ocasiones tal vez un poco más (1929, 1934, 1937) y algunos años ninguno (1933, 1941, 1944). Cfr. P. Schöttler, "Désapprendre de l'Allemagne: les *Annales* et l'histoire allemande pendant l'entre-deux-guerres", en *Entre Locarno et Vichy. Les relations culturelles franco-allemandes dans les années 1930*, bajo la dirección de Hans Manfred Bock, Reinhart Meyer-Kalkus y Michel Trebitsch, París, CNRS éditions, 1933, pp. 439-462. Del mismo autor cuya obra sobre los *Annales* y Alemania esperamos con impaciencia, también se podrá leer: "Die *Annales* und Österreich in den zwanziger und dreissiger Jahren", en *Österreichische Zeitschrift für Geschichte*, núm. 4, 1993, pp. 74-99 y "Marc Bloch et Lucien Febvre face à l'Allemagne nazie", en *Genèses*, núm. 20, 1995.

¹⁸ En esta carta de M. Bloch, dirigida a L. Febvre, desde Londres el 20 de septiembre de 1937, también se puede leer: "¿Qué haremos con el número alemán? Quiero decir, en noviembre. Sobre el artículo nazi no hay caso: no pongo en duda su opinión al respecto. Por lo demás la 'casa' —o mejor dicho el cretino de Jacques Leclerc—, a pesar de sus conocidos sentimientos no se atreverá a imponérselo. Por el contrario, lo que bien podría exigir, es que en ausencia de un artículo de este tipo, el número alemán no aparezca... Jacques L.[eclerc] no nos quiere (el término es suave) porque somos unos rojos que amenazamos su caja fuerte y su orgullo de clase... Me parece que la ruptura final, tarde o temprano, será inevitable".

¹⁹ Sobre estas interpretaciones, cfr. P. Schöttler, "Désapprendre de l'Allemagne...", art. cit., pp. 454-458.

²⁰ "Histoire d'Allemagne", en *Revue historique*, t. 170, 1932, p. 100.

²¹ "Histoire d'Allemagne", en *Revue historique*, t. 184, 1938, p. 156.

²² *Ibid.*, p. 190.

²³ En la brusca transformación de la Sociedad durante el año de 1933, Marc Bloch no reclutó sino cinco nuevas inscripciones y perdió 105 miembros (12 por fallecimiento, 93 por dimisión o salida —*ausgeschieden*); subrayaba precisando: "No nos toca buscar aquí las razones que explican este abandono masivo, voluntario o no. Pero ante los peligros que amenazan una obra, a la vez gloriosa entre todas para la ciencia alemana y con un interés europeo tan poderoso ¿cómo podemos acallar nuestras preocupaciones?", cfr. "Études hanséatiques", en *Annales H.E.S.*, 1935, p. 224.

²⁴ "Histoire d'Allemagne", en *Revue historique*, t. 181, 1937, p. 407.

²⁵ Adolph Helbock, *Grundlagen der Volksgeschichte Deutschlands und Frankreichs: vergleichende Studien zur deutschen Rassen-Kultur und Staatsgeschichte*, Berlín, 1935-1936.

²⁶ "Histoire d'Allemagne", en *Revue historique*, t. 181, 1937, p. 407.

²⁷ *Ibid.*, pp. 408 y s.

²⁸ Desarrollará una argumentación parecida a propósito de otra obra en "Chevalerie européenne ou chevalerie allemande?", en *Annales H.E.S.*, núm. 9, 1937, p. 615: "El hipernacionalismo, la nacionalidad planteados como dogmas del pensamiento, y no como un 'hallazgo', como un resultado de la investigación, sencillamente acabarán por hacer perder de vista a los historiadores sinceros la fuerza real, pero —al igual que todo producto humano—, necesariamente limitada del factor nacional. ¡Por desgracia temo que así sea!, y este libro aporta un nuevo testimonio: el gusano está en la fruta".

²⁹ Cfr. C. Ginzburg, "Mythologie germanique et nazisme", en *Annales E.S.C.*, 1985, pp. 695-715, retomada en *Mythes, emblèmes, traces. Morphologie et histoire*, París, Flammarion, 1989, pp. 181-208. Respecto a la reseña de M. Bloch, cfr. "Histoire d'Allemagne", en *Revue historique*, t. 181, ... *op. cit.* pp. 437 y s.

³⁰ Cfr. M. Bloch, "Un atlas historique provincial", en *Annales H.E.S.*, 1933, pp. 388-392 (reseña de *Elsass-Lothringischer Atlas: Landeskunde, Geschichte, Kultur und Wirtschaft Elsass-Lothringens*, editado por G. Wolfram y W. Gley, Francfort, 1931). M. Bloch había planteado la pregunta: ¿Obra científica? ¿Obra de combate? La reseña de L. Febvre apareció en la *Revue critique d'histoire et de littérature*, 1933, pp. 141-144. Véase también las cartas de M. Bloch del 2 y 19 de abril de 1933, la de L. Febvre del 17 o 18 de abril de 1933, en *Marc Bloch, Lucien Febvre: correspondance*, t. 1, 1994, pp. 346, 355 y s. y 358.

³¹ Michel de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975.

³² O. Dumoulin, "Histoire et historiens de droite", en *Les droites en France*, bajo la dirección de Jean-François Sirinelli, París, Gallimard, 1993, pp. 327-398.

³³ Cfr. la tesis citada de O. Dumoulin y su artículo "La professionalisation de l'histoire de France", en *Historiens et sociologues*, París, CNRS, 1985.

³⁴ Krzysztof Pomian, "L'heure des Annales", en *Les Lieux de mémoire*, bajo la dirección de Pierre Nora, t. 2, París, Gallimard, 1986.

³⁵ Christophe Charle, *La République des universitaires (1870-1940)*, París, Seuil, 1994.

³⁶ Sobre las candidaturas de Marc Bloch a El Colegio de Francia, véase O. Dumoulin, "Changer l'histoire. Marché universitaire et innovation intellectuelle à l'époque de Marc Bloch", en *Marc Bloch aujourd'hui*, ... *op. cit.* pp. 87-104.

³⁷ Cfr. Christophe Charle, "Le Collège de France", en *Les Lieux de mémoire*, bajo la dirección de Pierre Nora, t. 2, París, Gallimard, 1983, pp. 413 y s.

³⁸ Cfr. N. Elias, *Engagement et distanciation*, París, Fayard, 1993, p. 14.

³⁹ *Ibid.*, p. 29.

⁴⁰ Cfr. L. Febvre, "L'histoire de France dans les dix dernières années", en *Science*, mayo 1938, pp. 95a-95d.

⁴¹ Sobre este tema véase, en particular, la muy estimulante tesis de Enrico Castelli-Gattinara, *Crise de la raison et pensée de l'ouverture. Histoire et épistémologie en France dans l'entre-deux guerres*, París, EHESS, 1992, y para la crisis específica de la historia la tesis de O. Dumoulin antes citada.

⁴² Al respecto guardaba un recuerdo preciso que confesó a L. Febvre a la muerte de Charles Andler.

⁴³ Cfr. *op. cit.*, pp. 204.

⁴⁴ Cfr. en particular, Étienne Bloch, "Marc Bloch. Souvenirs et réflexions d'un fils sur son père", en *Marc Bloch aujourd'hui*, ... *op. cit.*, pp. 23-37.

⁴⁵ Cfr. Pascal Ory, *La Belle illusion: culture et politique sous le signe du Front populaire, 1935-1938*, París, Plon, 1994. Véase en particular el capítulo: "La création scientifique", pp. 471-509.

⁴⁶ Cfr. P. Ory, ... *op. cit.*, p. 685. Véase el artículo de M. Bloch, "Technique et évolution sociale, réflexion d'un historien", en *Europe*, núm. 47, 1938, pp. 23-32.

⁴⁷ Véase el artículo de André Varagnac, "Folklore et folkloristes", en *Annales H.E.S.*, 1939, pp. 152-160.

⁴⁸ Marc Bloch y Lucien Febvre participaron en las emisiones de Radio-France sobre artes y tradiciones de Francia coordinadas por Georges-Henri Rivière.

⁴⁹ Debemos citar nuevamente la acotación de Lucien Febvre, quien presidió en dos ocasiones, en 1936, las reuniones públicas dedicadas a la discusión de los volúmenes intitulados *A la lumière du marxisme*. En esa ocasión escribía a M. Bloch lo siguiente: "En diez años, todo lo que contará en historia será 'marxista' ...".